

Estados Unidos: ¿Primera potencia global?

Hugo Fazio Vengoa

Profesor titular del
Instituto de Relaciones
Internacionales de la Universidad
Nacional de Colombia y del
Departamento de Historia de la
Universidad de los Andes.

DESDE FINALES DEL SIGLO PASADO HA IDO ganando fuerza la idea de que la globalización constituye un proceso que abarca indistintamente y, al mismo tiempo, todas las manifestaciones de existencia de lo social¹. Por extraño que pueda parecer a primera vista, uno de los campos donde de manera más tardía se tomó conciencia real de los cambios radicales que este fenómeno estaba ocasionando fue en los estudios internacionales. La centralidad que habitualmente estos análisis le han acordado al Estado, a lo político, a la soberanía, a la negociación, etc., así como el predominio de una visión un tanto mecanicista y simplista de la globalización explica el que se tardara en avanzar en la comprensión de la globalización como un fenómeno polivalente, causado y causante, que exhibe una gran capacidad transformadora, que trasciende con creces sus manifestaciones económicas o mundiales, pues altera al mismo tiempo lo global y lo local, lo general y lo particular, y los cimientos así como las manifestaciones más superestructurales de las sociedades modernas, sean éstas desarrolladas o en desarrollo o, para decirlo en otros términos, globalizadas o en vías de globalización.

Pero luego de los trágicos sucesos de 11 de septiembre del 2001 se desvanecieron las viejas certezas al demostrarse que la seguridad, el riesgo y las amenazas trascienden todas las fronteras espaciales y temporales, incluso las de los estados más poderosos del planeta. Evidentemente, uno de los mayores desafíos que enfrentan los análisis internacionales radica en incorporar la dinámica de la globalización en el campo de las relaciones internacionales, pues hoy por hoy se han modificado muchos de sus procedimientos, se asiste a inéditas penetraciones, las cuales han terminado sobreponiendo lo global por encima de lo internacional.

¹ Held, David y Mc Grew, Anthony. *The Global Transformations Reader. An introduction to the globalization debate*. Polity Press, Cambridge, 2000.

A partir de esta premisa, el presente ensayo acomete la tarea de desarrollar dos ideas centrales. Pretende explicar la manera como la globalización se ha convertido en un factor que ha entrado a redefinir la condición de potencia del país más poderoso del planeta: los Estados Unidos. A partir de ello, infiere una explicación de la manera como la globalización está alterando el campo de las relaciones internacionales.

Muchos adjetivos se han utilizado para intentar dar cuenta de los atributos particulares que detenta la potencia del Norte al despuntar el nuevo siglo. El ex canciller francés Hubert Védrine popularizó el concepto de “hiperpotencia”; Mario Vargas Llosa ha preferido la denominación “megapotencia”; Joseph Colomber se refiere a un “imperio sin imperialistas”; Michael Ignatieff ha preferido utilizar el concepto de “imperio *light*” y otros hablan de “imperio liberal”.

Estos disímiles esfuerzos por caracterizar el inédito poder que detenta la potencia del Norte constituyen una demostración de que nos encontramos frente a un fenómeno particular: el estatus y el poder alcanzado por Estados Unidos no tiene parangón en la historia, y por ello cualquier intención de recurrir a viejos conceptos se queda a medio camino y no da cuenta de su compleja naturaleza. A su manera, todos estos intentos de definición reconocen que Estados Unidos constituye una modalidad nueva en cuanto a la magnitud de su poderío, pero también por la sofisticación de los hilos que ha tejido para realizar y reproducir su poder. Estas caracterizaciones tienen, sin embargo, el defecto de procurar construir imágenes en lugar de conceptos, tratando de evocar una sensación porque no logran arrojar luces sobre su persistentemente incierto significado.

A nuestro modo de ver, el concepto que mejor ilustra la transformación que está experimentando el país del Norte en la actualidad en su relación frente al resto del mundo consiste en definirlo como la primera potencia *global*. Empleamos el término “global” porque su hegemonía se encuentra asociada y se efectúa a través de los circuitos globalizantes y también porque realiza su poder en un momento histórico que se caracteriza por la intensificación de la globalización. Como tuvimos ocasión de demostrar en una investigación previa, si se pretende

personalizar en algún país el estado actual de la globalización, obviamente hay que reconocer la preeminencia que en este punto le corresponde a Estados Unidos. Tras la desaparición de la Unión Soviética, e incluso en la época en que ésta todavía se mantenía vigente, difícil era encontrar otro país diferente a la potencia norteamericana que hubiera ocupado una posición análoga en el desarrollo y en la consolidación de estas tendencias².

La simbolización de Estados Unidos con la globalización se realiza en varios niveles. La potencia del Norte ha desempeñado un papel fundamental en la constitución y consolidación de las nuevas redes de interpenetración económica a nivel mundial a través de la expansión de la cobertura de acción de las corporaciones transnacionales, empresas cuyo origen, desarrollo y actual fortalecimiento se identifican con la lógica de funcionamiento del capitalismo norteamericano. Estas corporaciones se han convertido igualmente en los actores internacionales que de modo más concreto cuestionan la supremacía que han detentado los estados en la vida internacional. Como señala Giovanni Arrighi,

la emergencia de este sistema de libre empresa, es decir, libre de las constricciones impuestas sobre el proceso de acumulación de capital a escala mundial por la exclusividad territorial de los estados, ha sido el resultado más específico de la hegemonía norteamericana. Señala un nuevo punto de inflexión decisivo en el proceso de expansión y sustitución del sistema de Westfalia, y puede haber iniciado realmente el proceso de extinción del moderno sistema interestatal como sede primaria de poder mundial³.

No es fortuito que la liberalización de la economía mundial, tal como se ha venido registrando desde la segunda mitad de la década de los años cuarenta del siglo XX, haya sido una empresa defendida con mucho celo por las autoridades norteamericanas. Esta liberalización comercial tuvo un acusado impacto en el crecimiento del comercio mundial, intensificó la interdependencia económica y contribuyó al desencadenamiento de las guerras comerciales, las cuales, de suyo, han terminado moldeando

² Véase, Fazio Vengoa, Hugo. *El mundo frente a la globalización. Diferentes maneras de asumirla*. Bogotá, IEPRI, CESO-Uniandes y Alfaomega, 2002, pp. 50-61.

³ Arrighi, Giovanni. *El largo siglo XX*. Madrid, Akal, 2000, p. 94.

la economía mundial en torno a unos patrones similares en términos de competitividad⁴.

La imbricación de Estados Unidos con la globalización también se realiza en la contribución de esta nación a las grandes innovaciones tecnológicas, las cuales han hecho posible que se intensificara la globalización financiera (modernos medios de comunicación, desregulación financiera), se impusiera a escala planetaria un modo más flexible de producción (automatización, robotización, etc.), surgieran nuevas ramas productivas inmateriales (software), se consolidara el desarrollo informático (internet), se universalizara la industria del ocio y de la cultura, las autopistas de la información, etc., actividades todas ellas que portan el soberbio sello norteamericano.

En el plano político e institucional, ninguna otra potencia anterior se propuso, como sí lo ha hecho Estados Unidos, limitar el poder de los Estados soberanos para reorganizar la vida internacional. El proclamado "nuevo orden mundial" de George Bush en vísperas de la Guerra del Golfo, en 1990, que preveía el establecimiento de la supremacía del derecho internacional en la resolución de los conflictos internacionales y la convergencia de todas las naciones en torno a una pretendida democracia de mercado, no fue otra cosa que la reedición de una consigna similar pregonada por jefes de Estado norteamericanos al finalizar los dos conflictos mundiales que sacudieron el siglo XX. Ya el presidente W. Wilson propuso, cuando finalizó la Primera Guerra Mundial, la creación de un nuevo orden mundial basado en el reconocimiento de la autodeterminación de las naciones y en la seguridad colectiva. Cuando la segunda conflagración bélica mundial llegó a su fin, los sucesivos gobiernos norteamericanos desempeñaron un importante papel en la constitución de los nuevos organismos multilaterales.

Con el Acuerdo de Bretton Woods de 1944 se dio vida a dos instituciones que desempeñaron un papel vital en la segunda mitad del siglo XX: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial de Reconstrucción y Fomento (Banco Mundial). Posteriormente, bajo iniciativa norteamericana, en 1947, se institucionalizó un mecanismo para la liberalización comercial: el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT). En el ámbito político, en la Conferencia de San Francisco, el gobierno norteamerica-

no fue uno de los actores más influyentes en la creación de la Organización de las Naciones Unidas. Con el decidido apoyo que le brindaron estas instituciones, Estados Unidos, en su calidad de potencia hegemónica, pudo crear condiciones nuevas para incrementar la interdependencia económica y política entre los pueblos, proceso durante el cual se valió de estas instituciones que se ajustaban a su propia racionalidad.

Si el ejercicio de su poder y de su supremacía han transcurrido por los cauces de la globalización, lo que de hecho lo eleva a la condición de potencia global, en la actualidad han aparecido otros elementos que reafirman este carácter. Puede sostenerse que para que una potencia alcance plenamente este estatus debe disponer de dos condiciones. La primera consiste en que ha de realizar buena parte de su hegemonía a través de los circuitos globalizantes. Estados Unidos ha cumplido esta condición en el transcurso de los últimos cincuenta años. La segunda condición radica en que, en razón del carácter multifacético de la globalización, la supremacía debe desplegarse en todos los ámbitos sociales. Ha sido sólo a partir de la década de los noventa cuando Estados Unidos comenzó a cumplir a cabalidad este segundo requisito, lo que ha enaltecido su carácter de potencia global.

De acuerdo con el analista internacional Joseph Nye, el poder en las relaciones internacionales se realiza básicamente en tres dimensiones. La primera está conformada por el poder "duro", es decir, el militar, campo en el cual Estados Unidos tiene, hoy por hoy, una supremacía abrumadora. Su poder en este campo es sin duda descomunal, y resulta muy difícil encontrar similitudes en la historia. No sólo por los modernos equipos militares de que ha hecho gala y por su supremacía a nivel nuclear, sino también de acuerdo con criterios más convencionales: por su volumen. El presupuesto militar de Estados Unidos para el año 2003 se incrementó en US\$45 mil millones, es decir, en un 13% con respecto al año anterior. El presupuesto del Pentágono para el año fiscal de 2004 aumentará en US\$15.300 millones adicionales, lo que eleva el gasto anual del Pentágono a US\$395 mil millones. Para comprender la magnitud del gasto en defensa norteamericano cabe recordar que en 2002, los 15 países miembros de la Unión Europea juntos, entre los que se encuentran países militarmente tan impor-

⁴ Luttwak, Edward. El turbocapitalismo. Barcelona, Crítica, 2000.

tantes como Gran Bretaña y Francia, y una no menos importante potencia mercader (Alemania), invirtieron en defensa US\$1770 mil millones, lo que en conjunto los ubica en el segundo lugar entre los actores con mayor presupuesto militar, muy lejos del primero, pero también del tercero – Rusia –, con US\$40 mil millones.

Lo más impresionante es que ese colosal presupuesto del Pentágono representa sólo el 3,4% del producto interno bruto norteamericano, lo que sugiere que éste podría seguir incrementándose por varios años por encima del aumento que registren las demás naciones, y sin que llegue a representar una carga fiscal desmedida para su poderosa economía.

Del lado de los modernos sistemas militares, el poderío norteamericano se acerca a la ciencia ficción. Actualmente el Pentágono trabaja en la planificación de una nueva generación de armas, incluidos bombarderos hipersónicos y bombas capaces de ser lanzadas desde el espacio. El Pentágono se ha propuesto comenzar el estudio de nuevas bombas nucleares de poca potencia –*mini nukes*– con el fin de diversificar su arsenal nuclear. Estas armas son susceptibles de penetrar en búnkeres que se encuentren en profundidad. El empleo de estas modernas armas, sin duda, introducirá un cambio en el concepto de disuasión, ya que son capaces de producir daños limitados o circunscritos a la zona en que son empleados, a diferencia de las armas existentes, que acumulan daños vinculados al calor y a la radiactividad⁵. También cabe recordar el avión de bombardeo no tripulado que alcanza una velocidad de diez veces la del sonido, con lo cual la fuerza aérea de Estados Unidos podrá alcanzar el punto más distante del planeta en tan sólo dos horas⁶. El objetivo político de esta nueva generación de armamentos es muy evidente: no sólo sirve para dejar definitivamente atrás a todos los demás posibles competidores en la carrera armamentista, sino que también representa una gran utilidad porque permite no tener que depender de ningún aliado cuando el gobierno norteamericano decida incursionar en regiones distantes del planeta.

Como escribía el polémico columnista William Pfaff, pocos meses después del 11 de septiembre:

El mundo se encuentra en una situación sin precedentes en la historia de la humanidad. Una sola nación, Estados Unidos, goza de un poder militar y económico sin rival y puede imponerse prácticamente en cualquier sitio. Incluso sin recurrir a las armas nucleares Estados Unidos podría destruir las fuerzas militares de cualquier otra nación del planeta. Si quisiera, Estados Unidos podría imponer un quiebre social y económico completo a cualquier otro país. Ninguna nación ha tenido nunca un poder semejante, ni una invulnerabilidad comparable⁷.

Otro indicador de este globalizado y duro poder militar se observa en el campo de la seguridad. Estados Unidos es el único país que dispone de un aparato militar con el cual ejerce un dominio global sobre todos los espacios comunes: el mar, el cielo y el espacio. “El dominio de estos espacios comunes otorga a Estados Unidos un potencial militar que puede ser movilizado al servicio de una política extranjera hegemónica muy superior a la de cualquier potencia marítima conocida en el pasado”. Como es bien sabido, estos espacios comunes no hacen parte de la soberanía de ningún país y conforman las principales vías de circulación y acceso del mundo globalizado. “El predominio que ejerce en estos espacios constituye un factor militar clave en el predominio global de Estados Unidos”⁸. Como quedó demostrado durante el conflicto de Kosovo, la potencia del Norte puede bombardear blancos específicos e infligir gran daño al enemigo desde una altura de 50 mil pies, lejos del alcance de las baterías antiaéreas, sin arriesgar la vida de sus soldados.

De acuerdo con la tipología de Nye, la segunda dimensión del poder internacional es económica. También en este campo Estados Unidos dispone de una sensible supremacía. Según datos de la revista británica *The Economist*⁹, Estados Unidos con el 4,7% de la población mundial

⁵ *Le Monde*, 24 de mayo de 2003.

⁶ *Clarín*, 2 de julio de 2003.

⁷ *International Herald Tribune*, 77 de enero de 2002.

⁸ Barry, Posen. “La maîtrise des espaces, fondement de l’hégémonie militaire des Etats-Unis”. En *Politique étrangère*, primavera de 2003.

⁹ *The Economist*, 23 de noviembre de 2002.

genera el 32,5% del producto mundial, y en los años del *boom* económico (1995 y 2001), el crecimiento de su economía representó el 64% del incremento registrado por la economía mundial. Evidentemente el poderío económico constituye una premisa muy importante, pero por sí solo no es una condición suficiente como para que pueda empujarse al rango de potencia global. Más aún cuando tendencialmente se asiste a un declive del poderío económico de Estados Unidos. A finales de la década de los cuarenta, con sólo el 7% de la población mundial, Estados Unidos poseía el 42% de los ingresos del mundo, representaba la mitad de la producción manufacturera mundial y disponía de las tres cuartas partes de las reservas de oro del globo¹⁰.

Ciertamente, el poder económico que detenta Estados Unidos en la actualidad es bastante menor al de hace cincuenta años. Ello indica un serio punto de debilidad de la gran potencia del siglo XXI, más aún cuando en este nivel ha visto aparecer serios competidores, como son la Unión Europea y, en menor grado, Japón. Conviene recordar que la ampliación que ha experimentado la Unión Europea en los últimos años la ha convertido en la primera zona económica del mundo, y de proseguirse la tendencia a la profundización de este experimento integrador, al cabo de pocos años el mundo dispondrá de un coloso económico superior a Estados Unidos. La esfera económica plantea también otro desafío que tiene importantes repercusiones en el campo militar y en los dispositivos de seguridad. A nivel de la alta tecnología militar, Estados Unidos no es completamente autosuficiente y se encuentra en una compleja interdependencia con los demás países altamente industrializados¹¹.

La tercera dimensión del poder en las relaciones internacionales consiste en el poder *soft*, es decir, en las variadas actividades no estatales que intervienen en la configuración del mundo, como los acuerdos internacionales, las instituciones internacionales, los intercambios comunicacionales, culturales, etc. En este plano, Estados Unidos desempeña igualmente un papel

de primer orden. Hace algunos años el analista norteamericano de origen polaco, Zigmunt Brzezinski¹² definía a Estados Unidos como la potencia global porque es el país que realiza más del 65% de las comunicaciones mundiales y ha logrado además universalizar su modo de vida, sus técnicas, sus productos culturales, sus modas y tipos de organización. No es casualidad, por tanto, que en los diferentes confines del mundo, el acceso a la modernidad se identifique con la imitación del estilo de vida norteamericano. Como advierte Gilles Kepel, en el Medio Oriente “se ha construido una curiosa relación con Estados Unidos en nuestro universo globalizado: la desconfianza que proclaman se mezcla con una fuerte atracción, el rechazo del modelo con la admiración por la democracia de la que la mayor parte de las sociedades del mundo musulmán siguen estando privadas, la reivindicación de la especificidad cultural con un deseo irrefrenable de reconocimiento y de participar, en pie de igualdad, en la cultura universal”¹³.

A ello podemos agregar que el inglés se ha convertido en la lengua franca del mundo, y del inglés provienen los términos especializados que se utilizan cada vez en campos más amplios y en las distintas lenguas. Las universidades estadounidenses se han convertido en escuela de formación para las elites políticas de buena parte del mundo. Estados Unidos ha desempeñado igualmente un papel de primer orden en la creación de las modernas industrias culturales, en la transformación de la cultura en un bien comercial y, a través de ella, en la creación de una conciencia cultural planetaria que ha tenido en los jóvenes, los adolescentes y los niños sus principales objetivos.

Estados Unidos también ha desempeñado un papel fundamental en la consolidación de un ambiente globalizado en la cultura y en las comunicaciones. Estados Unidos no sólo produce bienes culturales mundiales (videos, películas, música, etc.), sino que también ha asumido el liderazgo en la creación de medios de comunicación con perspectiva mundial. Es en Estados Unidos donde se han creado numerosos canales privados de televisión que piensan el mundo

¹⁰ Patterson, James. “Estados Unidos desde 1945”. En: Howard, Michael y Louis, W. Roger (Editores). *Historia Oxford del siglo XX*. Barcelona, Planeta, 1999, p. 2770.

¹¹ Hirsh, Michael. “El mundo de Bush”. En: *Foreign Affairs en español*, otoño-invierno de 2002, p. 39.

¹² Brzezinski, Zbigniew. *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona, Paidós, 1998, pp. 19-38.

¹³ Kepel, Gilles. *Crónica de una guerra de Oriente*. Barcelona, Península, 2002, p. 15.

como un solo mercado y se presentan ante él como emisiones “no nacionales”, sino globales. Estados Unidos es una potencia global en la medida en que extiende su dominio precisamente a lo largo y ancho de estos tres niveles.

De acuerdo con los condicionantes geoespaciales, sean éstos de naturaleza política, económica, financiera o cultural, Estados Unidos cumple la función de una inédita potencia global en tanto que sus actividades y su radio de influencia gravitan en las distintas regiones del planeta (Asia, América, Europa, Medio Oriente y Asia Central), zonas donde se “territorializan” numerosos circuitos globalizados, lo cual, por las interpenetraciones que ellos generan, dota a la potencia del Norte de un poderío global.

¿Qué otra palabra, sino “imperio” —escribe Michael Ignatieff— sirve para describir una cosa asombrosa en la que se está convirtiendo Estados Unidos? Es la única nación que vigila el mundo por medio de cinco mandatos militares mundiales, mantiene más de un millón de hombres y mujeres en armas en cuatro continentes; despliega grupos de combate sobre portaviones que vigilan todos los océanos; garantiza la supervivencia de países, desde Israel hasta Corea del Sur; dirige el comercio mundial y llena los corazones y las mentes de todo un planeta con sus sueños y deseos (...) El imperio de Estados Unidos no es como los imperios de antaño, levantados con base en colonias, conquistas y *la carga del hombre blanco*. El imperio del siglo XXI es una nueva invención en los anales de la ciencia política, un imperio *light*, una hegemonía mundial cuyos marchamos de calidad son los mercados libres, los derechos humanos y la democracia, vigilados por el poder militar más imponente que el mundo ha conocido nunca¹⁴.

Si desde finales de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos era una indiscutida potencia en el continente americano, el principal garante de la seguridad europea (OTAN), el más importante factor de equilibrio en el Asia-Pacífico y una probada potencia en el Medio Oriente, a todo ello se suma finalmente el hecho que, con posterioridad al 11 de septiembre de

2001, a raíz de la guerra contra Afganistán, pasó a asumir un papel protagonista en Asia Central. “Sus fuerzas militares cubren hoy un arco que va desde Turquía a Pakistán, pasando por Arabia Saudí, todos los emiratos y sultanatos del Golfo, Afganistán, Tayikistán, Kirguistán y Uzbekistán, además de la estratégica isla de Diego García en el Índico”¹⁵. Sus fuerzas militares tienen presencia de modo permanente en un total de 41 países (15 europeos, 13 asiáticos, 7 del Golfo y 6 latinoamericanos). África, por el momento no entra del todo dentro de sus cálculos, aun cuando cada vez adquiere mayor visibilidad por el interés energético que representan algunos países.

Es muy tentadora la identificación que realiza Ignatieff de Estados Unidos con un imperio *light*, porque en realidad este país representa una modalidad nueva de ejercicio del poder que para nada es colonialista en el sentido usual del término, porque su poder no tiene un sustrato territorial, no tiene *limes*. Uno de los principales cambios que introdujo el advenimiento de Estados Unidos como potencia mundial y posteriormente global ha consistido precisamente en su capacidad para ejercer su dominio espacial a través del control de las nuevas redes de interconexión y, en ese sentido, adaptarse a formas de dominación más sutiles. Comparando la Unión Soviética con los Estados Unidos, el analista francés Bertrand Badie precisaba hace algunos años que mientras la primera “defendía una concepción clásica, territorial y político militar del poderío, Estados Unidos desplegaba una capacidad desterritorializada, sistémica, alimentada de relaciones informales que daban origen a un juego de redes”¹⁶. No fue casualidad que la guerra fría culminara con el triunfo apabullante del segundo.

En el proceso de reconversión de Estados Unidos en una potencia global más o menos integral han intervenido dos tipos de factores. De una parte, un papel muy importante le ha correspondido a la ideología. Conviene recordar las palabras del historiador británico Eric Hobsbawm, quien, en una entrevista, precisaba que Estados Unidos constituye un “poder revolucionario basado en una ideología revolucionaria (...) que se impuso el objetivo de transformar el

¹⁴ Ignatieff, Michael. “La carga de Estados Unidos”. *El País*, 8 de febrero de 2003.

¹⁵ *El País*, 22 de abril de 2003.

¹⁶ Badie, Bertrand. “De la souveraineté à la capacité de l’Etat”. En : Smouth, Marie-Claude. *Les nouvelles relations internationales. Pratiques et théories*. París, Presses de Science Po, 1998, pp. 48-49.

mundo en una determinada dirección”¹⁷. Éste ha sido un rasgo común de todos los estados que se constituyeron a partir de grandes revoluciones, como la norteamericana, la francesa y la rusa, los cuales desarrollaron actitudes mesiánicas de salvación del mundo.

Estados Unidos asume esta función porque es una potencia “ilustrada”, que aboga por la creación de una única civilización mundial en la que las variadas tradiciones y culturas del pasado quedarán superadas por una comunidad nueva y universal basada en la razón, porque promueve la idea de que el libre mercado conducirá a la modernización económica y porque reconoce una “interpretación de la globalización económica –la expansión de la producción industrial en economías de mercado interconectadas en todo el mundo- como el avance inexorable de un único tipo de capitalismo occidental: el del libre mercado estadounidense”¹⁸.

Desde una posición ideológica distinta, el analista norteamericano Robert Kagan, participa de la misma convicción.

Desde la Independencia, e incluso antes, los estadounidenses siempre compartieron una creencia común relativa al gran destino de su nación (...) Para aquellas primeras generaciones de estadounidenses, la promesa de la grandeza nacional no era una mera esperanza reconfortante, sino una parte integral de la identidad del país, indisolublemente unida a la ideología nacional. Tanto ellos como las generaciones que les sucedieron creían que Estados Unidos estaba llamado a convertirse en una gran potencia, quizá la más grande de todas, porque los principios e ideales sobre los que se habían fundado eran incuestionablemente superiores no sólo a las corruptas monarquías europeas de los siglos XVIII y XIX, sino también a las ideas que habían conformado naciones y gobiernos a través de toda la historia de la humanidad. Así pues, los estadounidenses han sido siempre internacionalistas, pero con un internacionalismo que, a su vez, no es sino un subproducto de su nacionalismo. Cuando los estadounidenses buscaban legitimación a sus acciones en el exterior, no la buscaban en las instituciones supranacionales, sino en sus pro-

prios principios. Ello explica que siempre haya sido tan fácil para tantos estadounidenses creer, como muchos de ellos lo hacen todavía, que el avance de sus propios intereses implica el avance de los intereses de la humanidad. Como dijo Benjamín Franklin: “La causa de Estados Unidos es la causa de todo el género humano”¹⁹.

El otro factor que explica las razones de por qué Estados Unidos mantiene el propósito de ubicarse por encima de las demás naciones hunde sus raíces en las profundidades mismas de su historia nacional. El mismo Robert Kagan lo explica claramente cuando escribe:

Es un hecho objetivo que los estadounidenses han ido extendiendo su poder e influencia incluso desde antes de fundar su propia nación independiente. La hegemonía que Estados Unidos estableció dentro del hemisferio occidental en el siglo XIX ha sido una característica permanente de la política internacional desde entonces. La expansión de la estrategia de Estados Unidos, que llegó a Europa y al Extremo Oriente en la Segunda Guerra Mundial nunca ha dado marcha atrás (...) El fin de la Guerra Fría se consideró por parte de los estadounidenses como una oportunidad de no replegarse, sino de ampliar su influencia; de extender hacia el este, hasta Rusia, la alianza que lideraban; de fortalecer sus relaciones con aquellas naciones del Extremo Oriente que estaban en vías de democratizarse; de fomentar sus intereses en partes del mundo como Asia Central, cuya existencia ni siquiera conocían muchos estadounidenses. El mito de la tradición aislacionista de Estados Unidos es notablemente persistente, pero no deja de ser un mito. Por el contrario, la expansión, tanto de su territorio como de su influencia, ha constituido la incuestionable realidad de la historia estadounidense, y no ha sido una expansión inconsciente²⁰.

De estos dos pasajes que hemos citado de Kagan podemos extraer dos tesis adicionales igualmente sugestivas que ayudan a entender el actual papel de Estados Unidos en el mundo, sobre las cuales volveremos más adelante. La primera es la idea de que su acendrado

¹⁷ Hobsbawm, Eric. *Entrevista sobre el siglo XXI*. Barcelona, Crítica, 1999, p. 66-677. Véase también Hobsbawm, Eric. “Où va l’Empire américain”. En: *Le Monde Diplomatique*, París, junio de 2003.

¹⁸ Gray, John. *Falso amanecer*. Barcelona, Paidós, 2000, p. 14.

¹⁹ Kagan, Robert. “Desafío a la potencia hegemónica”. *El País*, 30 de marzo de 2003.

²⁰ Ídem.

nacionalismo nutre el internacionalismo, y la otra es el cuestionamiento del mito del aislacionismo, de hecho, muy pocas veces practicado. Ambas tesis explican el compromiso de Estados Unidos con el mundo, el cual debe evolucionar a su imagen y semejanza.

Este cúmulo de factores histórico-ideológicos constituye un conjunto de principios que comparte la mayor parte de la elite dirigente y la sociedad estadounidenses, con total independencia de los colores políticos o las posturas ideológicas o religiosas. Se presentan diferencias, sin embargo, en los procedimientos y en los mecanismos de realización de esta anhelada universalidad.

CLINTON Y BUSH: ¿GLOBALIDAD VERSUS DOMINACIÓN?

Los retos, desafíos y oportunidades que enfrenta Estados Unidos en su calidad de potencia global ayudan a entender la aguda tensión que recientemente ha tenido lugar en el interior mismo de la clase política norteamericana. Ésta se encuentra frente a una enorme disyuntiva en cuanto a la posición por adoptar de cara a la globalización y también al sistema mundial: mientras un sector —generalmente demócrata— identifica el futuro de la posición líder de su país más comprometido con el progreso interdependiente que suscita la globalización, lo que le implica mayores compromisos con todo los países del mundo, otro sector, predominante entre los tomadores de decisión de la actual administración, sin pretender desglobalizarse ni automarginarse de los actuales circuitos de penetración, se propone reconstruir el orden mundial de una manera tal que Estados Unidos pueda seguir preservando su completa independencia, conserve su amplia supremacía y evite los efectos disruptivos externos y globalizantes que perturban a su sociedad.

Esta variabilidad de posiciones y de actitudes es quizás el último movimiento —un *allegro*, por supuesto, *briosso*— de lo que ha significado para Estados Unidos y para el resto del mundo la gran pieza musical de Westfalia. La tensión entre estas dos posturas es muy sutil, pero profunda. No representa una vuelta a la histórica contradicción entre el aislacionismo y el internacionalismo. Constituye más bien una discordancia entre dos propuestas orientadas a realizar el compromiso de los Estados Unidos con el mundo, pero con énfasis diferenciados: o la gran potencia evoluciona en un sentido que le permita conducir y reapropiarse de una globalización que se le está

saliendo de las manos y sigue siendo en el futuro cercano una potencia global, aun cuando diste de alcanzar el ejercicio de un dominio global, o intenta tomar distancia de estos circuitos para reconstruir desde su país todo el inmenso andamiaje globalizante. Esto último se alcanzaría mediante el fortalecimiento de sólo aquellos ámbitos que son considerados como indispensables por parte de las autoridades de la misma potencia norteamericana, pero levantando grandes muros de contención contra aquellos segmentos y circuitos que sean evaluados en términos negativos. El carácter tenue de esta tensión radica en que ambas propuestas no son antagónicas o excluyentes; se diferencian en términos de sus enunciados.

De triunfar esta segunda postura, la globalización no se revertirá, pero Estados Unidos perderá muchos de los atributos que lo han convertido en una potencia global y se aproximará a lo que se entiende de modo tradicional por una potencia clásica, más asociada al pasado que al futuro, al nacionalismo que al internacionalismo, al aislacionismo que a un mayor compromiso con el mundo. Es en este punto donde las dos tesis que antes destacábamos del planteamiento de Robert Kagan adquieren toda su importancia y significación. Y es que no sólo Estados Unidos se está jugando su destino con el mundo; éste también se encuentra frente a la misma disyuntiva. La tensión, por tanto, no es solamente estadounidense, es planetaria, razón por la cual se hace más urgente encontrarle una salida que mancomune las distintas voluntades.

Esta tensión sobre cómo debe Estados Unidos asumir la redefinición de su política internacional transcurre paralela al salto que se ha presentado en dos de los más recientes ciclos de la globalización, es decir, la fase sincronizada (1989-2000) y la colisión de globalizaciones, que debutó tras los eventos del 11 de septiembre. Si el anterior ciclo de la globalización coincidió con el mandato del demócrata Bill Clinton, la actual fase debutó en los primeros meses del gobierno republicano de George W. Bush. Esta coincidencia, que no es del todo fortuita, resulta ser un asunto importante puesto que se presentan mutuas retroalimentaciones entre la voluntad que expresan estas autoridades con la lógica implícita del correspondiente ciclo globalizante. La anterior administración entendía la importancia que para Estados Unidos y el mundo tenía el fortalecimiento de la globalización y, a su vez,

la intensificación y sincronización de este fenómeno, razón por la cual favorecía la enunciación de este tipo de posiciones. La actual administración, por su parte, más estadounidense que global en sus definiciones e intereses, se desenvuelve en un contexto en el cual prolifera el desencanto y se multiplican los temores a un mundo más interdependiente e interconectado.

En cuanto a su posición frente al mundo, el gobierno de Clinton se caracterizó por conjugar elementos realistas y liberales en la actuación internacional de su país. Bill Clinton expresó elocuentemente su manera de entender el papel de Estados Unidos cuando aseveraba que su política exterior era una forma de política interior mundial. No fue casualidad que luego del arribo del candidato demócrata a la Casa Blanca se creara una subsecretaría de asuntos globales en la Secretaría del Departamento de Estado. El sentido intrínseco de su estrategia se caracterizaba por un interés en intentar armonizar la conservación del predominio norteamericano en el mundo con un énfasis en la expansión de los mercados y la propagación de la democracia, principios que debían conducir a un mundo más integrado y seguro. No fue una mera casualidad que la prestigiosa revista *Foreign Policy* lo definiera como “el presidente de la globalización”, entre otras, porque hizo que la OTAN incorporara nuevos países, orientó la APEC hacia una zona de libre comercio y le dio alta prioridad en su política internacional a los asuntos medioambientales.

Si retomamos la tipología planteada por Joseph Nye de las tres dimensiones en las que se realiza el poder en las relaciones internacionales (militar, económico y *soft*), se puede observar que la anterior administración demócrata se inclinaba por fomentar la segunda y tercera dimensión del poder y optaba por reducir deliberadamente el peso del duro poder militar. No fue un accidente que durante esos gobiernos el presupuesto militar disminuyera como porcentaje del PIB.

Esa orientación política sufrió un giro radical con el advenimiento del gobierno republicano en enero de 2001, y particularmente luego del ataque terrorista a las Torres Gemelas y al edificio del Pentágono. Como asegura Robert Kagan, “El 11 de septiembre no cambió a Esta-

dos Unidos: sólo lo hizo más estadounidense”²¹. A diferencia del compromiso del antecesor en los asuntos mundiales (organización e institucionalización de una economía mundial abierta, apoyo a procesos de paz en Irlanda del Norte y el Medio Oriente, intermediación en los conflictos yugoslavos, etc.), el nuevo equipo en el poder ha sustituido la anterior política interior mundial por una política exterior localizada, que sin ser aislacionista, ha derivado en una variante: el intervencionismo unilateral. Dominique Moïsi resume el dilema en los siguientes términos: “Durante la presidencia de Bill Clinton, los estadounidenses deseaban salvar al mundo, aunque de mala gana. Con Bush, pretenden protegerse del mundo o incluso retirarse de él”²².

Entre los factores que ayudan a entender este cambio de orientación de la política internacional de Estados Unidos, un papel central le corresponde nuevamente a la historia y a la misma globalización. Como adecuadamente argumenta Alessandro Portelli²³, el escaso conocimiento del resto del mundo por parte de la opinión pública y de los grupos dirigentes de Estados Unidos es el producto de una visión históricamente radica- da en su propia colocación geopolítica: la combinación de aislamiento geográfico original y de superpotencia actual hace que Estados Unidos sea objeto de la tentación de convencerse que no tiene necesidad del resto del mundo. En el presente, la vieja distinción entre asuntos internos y externos prácticamente ha desaparecido. En un mundo globalizado, los acontecimientos y las situaciones que tienen lugar por fuera de los confines de América tienen un impacto mayor en el plano interno. Estados Unidos está convencido de que sus intereses son los intereses del mundo entero y se prepara a traslapar sus propios intereses al resto de naciones pues considera que tiene que asumir esta responsabilidad para con los demás. En cualquier caso esto no es una cuestión de hipocresía: es muy fuerte en Estados Unidos la convicción de que los intereses propios coinciden con los intereses generales, porque es fuerte la sensación que entre sí y el mundo no existen fronteras. Si Estados Unidos no tiene confines que lo contengan, entonces corre el riesgo de no tener confines que lo protejan. Por eso, el gobierno de Estados Unidos está

²¹ “Desafío a la potencia hegemónica”. *El País*, 30 de marzo de 2003.

²² Moïsi, Dique. “La verdadera crisis del Atlántico”. En: *Foreign Affairs en español*, otoño-invierno de 2001.

²³ Portelli, Alessandro. “La cultura de Bush”. *La Rivista del Manifesto*, N° 33, noviembre de 2002.

interesado en dotarse de nuevos límites. El cambio semántico de un peligro inminente por un peligro en potencia significa que no es más necesario que el enemigo haga o intente hacer alguna cosa para convertirse en objeto de la acción preventiva. Basta con que se encuentre en grado de hacerlo, que sólo tenga la intención, que pueda tenerla en el futuro, para que se convierta en una amenaza potencial.

La propuesta básica del equipo republicano que actualmente ocupa la Casa Blanca consiste, por tanto, en levantar nuevos *limes* entre su país y el resto del mundo. Como esta tarea es imposible de realizar desde un punto de vista geográfico o espacial, tanto por las condiciones naturales de Estados Unidos como por la intensidad que ha alcanzado la misma globalización, de la que la potencia del Norte constituye el nervio central, la única alternativa consiste en recurrir a aquellos procedimientos políticos y militares que producen nuevos mecanismos de contención. La guerra preventiva ha sido el principal procedimiento sugerido para producir ese divorcio (*limes*), ejercer un necesario control y asegurar la conservación de su dominio.

Es a partir de este tipo de observaciones de índole más general que se puede entender el carácter revolucionario que anhela asumir el gobierno republicano. Esta propuesta preventiva de la administración Bush no representa un proyecto reactivo, conservador o apegado a un anhelado y, hoy por hoy, irrealizable pasado. Por el contrario, es un proyecto que, con sus radicales propuestas, asume un formato radical dentro del espíritu de una nueva revolución conservadora. El gobierno Bush constituye una reedición de la revolución conservadora, que en una versión anterior fue impulsada por Ronald Reagan en la década de los ochenta, en tanto que no sólo plantea una política exterior más beligerante, sino también porque con sus políticas está desafiando el capitalismo "moderado", elemento característico de esta nación durante todo el siglo XX. Para alcanzar este objetivo está empleando dos medios: la política de reducción de impuestos en condiciones en que incrementa el déficit. Como señala un historiador norteamericano, para los conservadores generar déficit es un asunto tolerable cuando se trata de realizar

gastos militares, pero es una cuestión inadmisiblemente si el objetivo consiste en mantener los servicios de la seguridad social. El otro medio empleado "para hacer volver a Estados Unidos al capitalismo no regulado anterior al siglo XX es cultivar una psicología de guerra, de manera que cualquier crítica a la política republicana conservadora se condena por considerarse una deslealtad en época bélica"²⁴.

Si la administración Clinton fusionó de modo particular las opciones liberales con las realistas dentro de un marco de mayor interdependencia, el gobierno de Bush, que no ha renegado del liberalismo, ha pretendido potenciarlo dentro de los marcos de una mayor independencia para su país. De ahí que haya aparecido como una contradictoria postura que conjuga intervencionismo (nacional) con liberalismo (internacional).

El nuevo enfoque que se ha desarrollado sobre todo en estos últimos dos años conlleva, en cambio, una mezcla de idealismo y realismo. Por un lado, hay idealismo en la distinción entre estados "buenos" y "malos", así como en la creencia en que las reformas económicas y políticas de los estados a favor de una liberalización interna y una mayor apertura exterior producirán una disminución de su agresividad. Sin embargo, no se trata del clásico idealismo que la literatura académica sobre relaciones internacionales suele calificar como "liberal". Según éste, la paz debería ser sobre todo el resultado del derecho internacional y las organizaciones intergubernamentales, incluida en lugar preferente, en el mundo de hoy, la Organización de Naciones Unidas. En el nuevo enfoque dominante en la política exterior norteamericana, en cambio, y ante la ausencia de una autoridad mundial vinculante y efectiva, la paz debe ser impuesta por un árbitro que sea capaz de proteger a cada uno de los estados de las agresiones de los demás. En conjunto, la inspiración de la actual política americana podría ser calificada de "realismo moral"²⁵.

Si retomamos nuevamente la tipología propuesta por el politólogo Joseph Nye, la administración republicana ha introducido un cambio radical en la articulación de las dimensiones en que se sustenta el poder internacional: su estrategia se centra prioritariamente en la primera dimensión —el duro poder militar— y ha relegado tras bambalinas a las otras dos. Esta escogencia

²⁴ Jackson, Gabriel. "¿Hacia dónde va Estados Unidos?". *El País*, 13 de junio de 2003.

²⁵ Colomber, Joseph. "11-S". 11 de septiembre de 2003.

obedece a que en el plano económico Estados Unidos enfrenta serios competidores, y su capacidad para imponer su voluntad se ha visto seriamente aminorada en condiciones en que la tercera dimensión, compuesta por los flujos migratorios, los intercambios culturales, comunicacionales, internet, terrorismo, etc., constituye un ámbito en el cual actúan actores no estatales se comunican y actúan sin ser obstaculizados por la interferencia de ningún gobierno. En este nivel, “el poder de los Estados es, en buena medida, neutralizado”²⁶. Esta transmutación de los ejes definidores de la política exterior norteamericana, que ha marginado su dimensión mundial por otra nueva de estirpe nacional, obedece a que este equipo en el poder maneja un proyecto de Estados Unidos y del mundo, que garantice la plena supremacía del primero por sobre el segundo.

Quien mejor ha explicado estas nuevas coordenadas de la política exterior norteamericana durante la actual administración Bush ha sido Condoleezza Rice, consejera de Seguridad Nacional, quien, en un artículo escrito antes del arribo de los republicanos al poder y que fue publicado por la revista *Foreign Affairs* en el invierno de 2001, argumentaba sobre la necesidad del gobierno de actuar a partir del interés nacional de Estados Unidos y no de los intereses de una ilusoria comunidad internacional. Su tesis central se articula en torno a la idea de que Estados Unidos debe ocuparse de sus intereses nacionales, pero como éstos se encuentran diseminados por todo el globo, tiene que realizarlos en cualquier parte.

Los acuerdos con instituciones multilaterales no deben ser fines en sí mismos. Los intereses estadounidenses se promueven a través de alianzas fuertes y pueden alentarse en las Naciones Unidas y otras organizaciones multilaterales, así como con acuerdos internacionales bien concebidos. Sin embargo, muchas veces al gobierno de Clinton le ha preocupado tanto encontrar soluciones multilaterales a los problemas que ha firmado acuerdos que no tienen en sus miras los intereses estadounidenses²⁷.

De esta tesis de Rice, pensamiento compartido por los otros influyentes miembros del ac-

tual gobierno norteamericano, se desprende la idea de que se debe recelar de los organismos internacionales, porque éstos no siempre son agentes facilitadores para la realización de los intereses nacionales de Estados Unidos. La importancia asignada a este predominio de los intereses norteamericanos es uno de los factores que explica por qué la administración Bush no estuvo dispuesta a suscribir el Tribunal Penal Internacional, desconoció acuerdos en que se había comprometido la administración anterior, como el de Kyoto sobre el calentamiento del planeta, rehusó rubricar el Tratado de prohibición de minas antipersonas e incluso se opuso a los acuerdos de la OCDE sobre los paraísos fiscales.

En el fondo, la divergencia más profunda entre estas dos administraciones –la demócrata y la republicana– se presenta en relación con la globalización. Como señala Pierre Hassner, “la prioridad de Clinton era doméstica y global y la de Bush, nacional e imperial” (“El diseño del nuevo imperio”, *El País*, archivo, diciembre de 2002). Ambos gobiernos difieren en la medida en que el de Clinton se identificaba con el globalismo, es decir, constituía un intento de promover y profundizar la globalización, mientras que el de Bush se propone ejercer un control sobre la misma. Andrés Ortega hace unos meses recordaba que en una comparecencia a mediados de febrero de 2003 ante una comisión del Senado estadounidense, los jefes de tres servicios de inteligencia, George Tenet (de la CIA), el vicealmirante Lowell Jacoby (de la agencia de inteligencia de defensa –DIA– del Pentágono) y Robert Mueller III (del FBI) coincidieron en su apreciación de los peligros que entraña la globalización.

Si ésta ha impulsado la economía, también se ha convertido en una grave amenaza para Estados Unidos, al facilitar el crecimiento de las redes terroristas, la proliferación de los conocimientos tecnológicos para fabricar armas de destrucción masiva, la multiplicación de estados fracasados que tienen que hacer frente a crecientes problemas de insurgencia y el aumento del anti-americanismo y de los rencores contra un Estados Unidos dominante²⁸.

Este intento por establecer mecanismos de control sobre la globalización por parte del

²⁶ Innerarity, Daniel. “Los límites del poder”. *El País*, 8 de febrero de 2003.

²⁷ Rice, Condoleezza. “La promoción del interés nacional”. En: *Foreign Affairs en español*, enero-febrero de 2001.

²⁸ Ortega, Andrés. “Imperio contra globalización”. *El País*, 2 de marzo de 2003.

actual gobierno se observa claramente cuando se tiene en mente que últimamente ha emprendido acciones tales como la instauración de mayores controles a la inmigración legal, ha establecido un creciente proteccionismo comercial, ha estimulado el aumento de los subsidios agrícolas, ha promovido la iniciativa de defensa de los contenedores, la cual establece que algunos puertos sean vigilados de modo estricto para controlar los cargamentos que salen con destino a Estados Unidos, o cuando se ha propuesto vigilar la información científica y técnica en internet, sobre todo aquella que puede ser utilizada para fines militares o terroristas. Según Nairn, la guerra en Irak no es por el petróleo, sino contra la globalización, un "intento de militarizar el dominio económico que Estados Unidos disfrutó en los años noventa"²⁹.

Las diferencias entre estos dos enfoques de la globalización no se deben únicamente a que ambas administraciones se hayan localizado en ciclos distintos de la globalización. El problema central constituye un asunto de enunciación y de voluntad política, así como de concepción de cuál es el papel anhelado que se le asigna a Estados Unidos en el mundo.

¿Qué elementos justifican y explican este radical cambio de posición de las autoridades norteamericanas frente al mundo y la globalización? A nuestro modo de ver, dos elementos han incidido en esta reorientación. El primero tiene que ver con las secuelas que dejó el ataque terrorista del 11 de septiembre en la clase dirigente y en la sociedad norteamericana y, el segundo, con la naturaleza del núcleo duro de la administración Bush.

En un trabajo anterior establecíamos una distinción entre las consecuencias inmediatas y de largo plazo a que dio lugar el atentado del 11 de septiembre³⁰. Algunas de las inmediatas sobre las que conviene volver brevemente son las siguientes: luego del ataque terrorista, el Estado norteamericano asumió posiciones más policíacas. Las leyes antiterroristas abrieron la posibilidad de practicar detenciones excepcionales por tiempo indefinido y que se crearan los tribunales militares especiales para juzgar a los extranjeros, como por ejemplo en la base de Guantánamo.

Pero ese no es el único rasgo que asume este Estado policíaco. También se vislumbra su fantasmal figura en las denuncias de innumerables exacciones cometidas contra la población extranjera en Estados Unidos. *Human Right Watch* constataba que a finales de 2002 las agresiones sufridas contra la población musulmana de Estados Unidos se habían incrementado desde el 11 de septiembre en un 1.7700%³¹. Si bien los ciudadanos musulmanes han sido los principales damnificados, son los que de modo más directo han sufrido en carne propia la violenta reacción institucional a que dio lugar el 11 de septiembre de 2001, las otras minorías no han corrido mejor suerte. La comunidad latina en Estados Unidos también ha visto pesar sobre sí el fantasma de la discriminación, y en ocasiones ha visto algunos de sus derechos conculcados³².

Un ejemplo que ilustra muy bien el peso desmedido que se les asigna a las funciones policíacas y que al mismo tiempo confirma la tesis de que la política que promueve la actual administración que ocupa la Casa Blanca no es contraria a la globalización, sino que pretende ejercer un mayor control sobre ella, lo encontramos en el hecho de que este Estado policíaco no pretende confinarse a las fronteras nacionales. En su declarado combate contra la amenaza del terrorismo, el Pentágono ha comenzado a desarrollar una vasta red de espionaje global. El plan *Total Information Awareness* se propone rastrear diariamente miles de millones de transacciones bancarias, comunicaciones, compras, viajes, documentos de identidad o historiales médicos y laborales de ciudadanos de todo el mundo, a los que tendrán "acceso instantáneo" los servicios secretos de Estados Unidos (*El País*, 1 de diciembre de 2002). El 12 de mayo de 2003, el periódico *El Tiempo* denunció la adquisición de este tipo de información sobre más de 30 millones de colombianos por una empresa norteamericana. En Argentina y México la adquisición de información de sus connacionales por parte de instituciones norteamericanas ha agitado un gran debate, porque se teme que desencadene consecuencias completamente impredecibles. Información de prensa señala también que el Pentágono está desarrollando un sistema de

²⁹ Nairn, Tom. "America: enemy of globalisation". En: *opendemocracy.net*, 2003.

³⁰ Fazio Vengoa, Hugo. *El mundo después del 11 de septiembre*. IEPRI y Alfaomega, 2002, pp. 45-59.

³¹ *El País*, 20 de noviembre de 2002.

³² Roas Marcos, Luis. "Hispanos en Estados Unidos: una convivencia en peligro". *El País*, 177 de febrero de 2003.

vigilancia basado en computadoras y miles de cámaras para rastrear, grabar y analizar, por ejemplo, el movimiento de cada vehículo (y sus pasajeros) de una ciudad extranjera³³.

Claro que para hacer plena justicia debemos recordar que este endurecimiento de posiciones no ha sido una práctica exclusiva de las autoridades estadounidenses. En Europa Occidental se ha presentado una situación análoga. Los derechos humanos fundamentales en los países de la Unión Europea sufrieron en 2002 un grave retroceso en favor de la seguridad. Ésta ha sido también una de las consecuencias originadas por los ataques terroristas del 11 de septiembre, según concluye un estudio elaborado por expertos independientes de los quince países miembros. Las condiciones de detención, la confidencialidad sobre datos privados, la libertad de expresión y las leyes restrictivas con los inmigrantes son algunos de los aspectos más preocupantes en el informe³⁴. El tema es inquietante porque lo que está en juego es ni más ni menos que la libertad y la democracia. Conviene recordar las palabras del escritor Norman Mailer, quien hace poco recordaba que "la libertad es frágil y, si no trabajamos por ella, la vamos a perder, porque la democracia no es el estado natural del ser humano en sociedad, más bien lo contrario, hay que esforzarse mucho simplemente para mantenerla"³⁵.

Otra secuela inmediata del acto terrorista se observa en la manera como el gobierno de Estados Unidos asumió la respuesta al ataque terrorista. Después de haber recibido el aval de la OTAN y la ONU para que mancomunadamente se organizara la retaliación contra aquellos que habían perpetrado y patrocinado el bárbaro ataque, la administración Bush prefirió actuar en solitario para poder así disponer de un amplio campo de maniobra en la organización de la represalia. La Casa Blanca desechó la opción multilateral y optó por la acción unilateral. Ésta fue una evidente operación encaminada a intentar prevenir que el gobierno norteamericano quedara amarrado por los compromisos multilaterales. El propósito era impedir que se

consolidaran nuevos contextos de interdependencia política y asumir más bien como propósito tratar de conducir el proceso de manera tal que Estados Unidos gozara de una gran capacidad de dirección, estableciendo de paso una frontera entre su país y el resto del mundo.

Pero también luego del ataque del 11 de septiembre se hizo más fuerte la concepción realista de las relaciones internacionales que se propone fortalecer la concentración del poder en el Ejecutivo y la conservación de un elevado grado de consenso ciudadano en torno al gobierno, situación que vigoriza el Estado maximal de Bush, tan contrario a las tradiciones políticas norteamericanas. Este no podrá institucionalizarse a menos que la guerra se eternice. Éste es sin duda el sentido escondido del discurso ante la fecha invariable de la nueva presidencia imperial. Al argumentar que el 11 de septiembre marcó el inicio de una nueva guerra mundial, que era el Pearl Harbor del siglo XXI, anunciaba una lucha global contra el terrorismo, sin límites espaciales ni temporales³⁶.

Ha sido en este contexto donde ha entrado a actuar el segundo elemento: la naturaleza radical del equipo que se encuentra con Bush en el poder. En el ejercicio de la política exterior y de seguridad es posible observar que se ha consolidado un grupo inusitadamente homogéneo que provee a la enorme capacidad militar y recursiva de Estados Unidos una inmensa voluntad de acción. Diversos analistas han afirmado que el núcleo conservador norteamericano está compuesto por varios grupos. De acuerdo con Woodward³⁷, éstos se dividen en: personas que participaron en la Administración Reagan y que interiorizaron el rígido y maniqueísta esquema de la guerra fría, representantes del complejo militar e industrial, fundamentalistas cristianos de derecha y defensores a ultranza de Israel.

Estos nuevos líderes de Washington mantienen una visión que es radical y utópica, por un lado, y complaciente, por el otro. Su utopismo consiste en su creencia en que la dominación estadounidense de la sociedad internacional es la conclusión natural de la historia, ya que, como el propio presidente Bush dijo recientemente en

³³ *Clarín*, 3 de julio de 2003.

³⁴ *El País*, 6 de mayo de 2003.

³⁵ "Lo único que hemos llevado a Irak es violencia y muerte", *Clarín*, 23 de junio de 2003.

³⁶ Golub, Philip S. "Retour à una présidence impériale aux Etats-Unis". En: *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2002.

³⁷ Woodward, Bob. *Bush en guerra*. Bogotá, Península/Atalaya, 2002.

West Point, es el único modelo de progreso humano que sobrevive. Su complacencia radica en que piensan que el poder estadounidense puede cambiar este nuevo mundo. Creen en el uso sin escrúpulos del poder estadounidense. Se muestran hostiles a las coacciones internacionales y contemplan el derecho internacional como algo pasado de moda en importantes aspectos³⁸.

Difícil es conocer en detalle los entretelones de las altas esferas del poder de la Casa Blanca y del Pentágono como para poder establecer a ciencia cierta el número y el grado de influencia de estos distintos grupos. Una cosa, sin embargo, queda completamente clara. Como demuestra el famoso periodista Bob Woodward, quien ha tenido acceso directo a información incluso confidencial del salón Oval, el gabinete de guerra es quizá más fuerte ahora que en 1991, porque son básicamente las mismas personas, con más experiencia. Hay que hacer una salvedad con el presidente. El de entonces, George Bush padre, llevaba como ahora su hijo, un par de años en la Casa Blanca. Pero aquel Bush había sido director de la CIA y vicepresidente, y conocía bien la administración estadounidense, los servicios secretos y la diplomacia mundial. Era mucho más experto que George W. Bush³⁹.

La idea central que convoca a este núcleo está conformada por los destellos de la guerra fría que todavía perduran en la mente de los altos funcionarios de la Casa Blanca y del Pentágono. En parte, esto obedece a que muchos de ellos se educaron y actuaron con anterioridad dentro de los cánones de ese rígido guión. La supervivencia de esta concepción no es, sin embargo, un hecho fortuito. Como señala Mary Kaldor: "La Unión Soviética tuvo su *Perestroika*; Estados Unidos, no. Y la cultura política norteamericana de hoy sigue marcada por esos cincuenta años de enfrentamiento bipolar"⁴⁰.

Además de esta cosmovisión que se desprende de un orden político y geopolítico anterior y que se ha plasmado en una reorganización de las fuerzas militares y en la determinación de las nuevas amenazas, otro referente que ha entrado a desempeñar un papel no menos significativo es el de la religión.

Si, a diferencia de Estados Unidos, Europa tuvo

tras el fin de la guerra fría su *Perestroika*, similar a la gorbachoviana, que condujo a la Unión Europea a proseguir en la senda de la integración al tiempo que construía las bases para constituir una Gran Europa, por medio de una inusual ampliación en dirección a países que se encontraban previamente al otro lado de la cortina de hierro, lo que indujo a que en los noventa apareciera una fisura en la concepción que del mundo tienen los europeos y los norteamericanos, el problema religioso se ha convertido en otro factor que ha ensanchado la brecha entre las dos orillas del Atlántico. Javier Solana resume brevemente esta disimilitud cuando anota que "la certeza moral de un Estados Unidos relativamente religioso encuentra difícil paralelo en una Europa principalmente secular. Una sociedad religiosa explica el mal en términos de elección moral y libre voluntad, mientras que una sociedad civil busca las causas del mal en factores psicológicos o políticos"⁴¹.

El énfasis en esta dimensión religiosa no constituye una demostración de que el mundo habría entrado en la senda del choque de civilizaciones o de religiones. Más bien, se debe considerar el papel de la religión como un acto de fe que le da consistencia y eleva al rango de "cruzada" la concepción política prevaleciente, cuyos orígenes y referentes se construyen de acuerdo con el paradigma de la guerra fría. Ésta es la razón que explica que Bush afirmara que tomó la decisión de ir la guerra "porque la Historia nos ha encomendado esa misión"⁴².

¿POTENCIA GLOBAL VERSUS DOMINACIÓN GLOBAL?

A primera vista, podría considerarse afortunado y aventajado aquel país que alcance el estatus de potencia global. Su existencia y su resplandor, sin embargo, pueden ser mucho más efímeros y aleatorios que la imagen que evoca el concepto. Esto obedece al hecho de que una potencia global encuentra ventajas y desventajas en su ejercicio del poder. Entre las primeras se pueden encontrar las formas más sutiles de dominación, su control de las redes de poder, su predominio sobre las nuevas especialidades temporalizadas globalizantes y su ca-

³⁸ Pfaff, William. "Unilateralismo y alianzas". *El País*, 2 de septiembre de 2002.

³⁹ Woodward, Bob. "El gabinete de guerra es más fuerte que 1991". *El País*, 2 de febrero de 2003.

⁴⁰ *El País*, 6 de abril de 2003.

⁴¹ Solana, Javier. "Las semillas de una posible ruptura entre Estados Unidos y Europa". *El País*, 13 de enero de 2003.

⁴² *El País*, 18 de julio de 2003.

pacidad para ejercer atraktividad, es decir, convertirse en referente de acción y emulación por parte de los demás países y actores.

En efecto, fue a partir de su posición de primera potencia económica, financiera, militar y política mundial, que sobre todo desde inicios de la década de los años noventa se comenzó a asistir a un proceso de rehegemonización norteamericana del mundo, lo que denotaba una vez más su inmenso poderío. Como señalábamos en una investigación anterior⁴³, esta rehegemonización se ha observado en el interés creciente de las elites políticas y económicas de prácticamente todo el mundo por acercarse a los Estados Unidos para reproducir en sus propios países el tipo de capitalismo norteamericano (reducción del Estado, flexibilización laboral y liberalización de los circuitos económicos y financieros), buscar integrarse con la potencia del Norte por los beneficios políticos además de económicos que una alianza tal depara, facilitar la transferencia de los grandes logros norteamericanos (tecnológicos, formas de gestión, capitales) y, para el caso de países pequeños, garantizar un manto de estabilidad que sólo la potencia del Norte puede asegurar. Es decir, se advierte que más allá de las acciones mundiales que despliegan los Estados Unidos en los diferentes confines del globo, este país se ha convertido en un polo que ejerce un magnetismo centrípeto y que tiende a atraer a buena parte de los estados hacia su órbita. En la medida en que Estados Unidos es el país que más ha contribuido a desplegar las tendencias globalizadoras en los distintos campos, esta atracción que ejerce facilita la irradiación de la globalización hacia nuevas regiones y muestra la perseverancia de muchos estados por adaptarse a la globalización tal como se pregona desde Washington.

Las ventajas que le depara su condición de potencia global tienen, sin embargo, un reverso de la medalla. Una potencia global tiene también que asumir una serie de costos, muchos de los cuales se escapan a su control. Dados los altos niveles de compenetración y la magnitud de los problemas que aquejan al mundo en su conjunto, Estados Unidos sólo puede realizar su supremacía y encontrar mecanismos para la resolución de los problemas a través de la constitución de alianzas, sean éstas económicas, políti-

cas o militares. Es cierto que las coaliciones crean facilidades, reducen costos y permite desarrollar actividades a gran escala. Pero las alianzas establecen también límites al ejercicio del poder porque precisan del apoyo y de la buena disposición de otros actores para la realización de sus objetivos, los cuales no siempre son globales, pues en ocasiones son estrictamente nacionales. Como señala Jürgen Habermas:

las objeciones empíricas a las que se expone la visión estadounidense tienen que ver con su viabilidad: la sociedad mundial se ha vuelto demasiado compleja como para poder seguir siendo piloteada, desde un centro, mediante una política que se base en la fuerza militar. Frente a las redes horizontales, a la comunicación cultural y social, una política que retorna a la forma hobessiana original del sistema de seguridad policial jerarquizado es inevitablemente obsoleta⁴⁴.

Tanto en el plano económico como en el político podemos encontrar ejemplos adecuados. La guerra del Golfo de 1991, la intervención en Afganistán en octubre de 2001 y la reciente invasión de Irak constituyen evidentes demostraciones de que el gobierno de Estados Unidos requiere la colaboración, la asistencia y el apoyo de otros actores para alcanzar sus objetivos. Por su parte, emprender acciones en contra vía de la voluntad de los más importantes o de la mayoría de los actores no sólo le resta legitimidad a las actividades de la potencia global, sino que seguramente terminará comprometiendo sus resultados, como ha quedado palmariamente demostrado luego de la invasión de Irak.

También desde otro ángulo la globalidad de su poder puede convertirse en una camisa de fuerza. Una potencia global debe disponer de una amplia gama de recursos para hacer valer los distintos ámbitos en los que se realiza el poder internacional. Debe propender por un adecuado equilibrio entre todos ellos para mantener nivelada la balanza. El desnivel simplemente no basta. El caso de Rusia lo ejemplifica magistralmente. Gran potencia militar nuclear, con capacidad para destruir la vida sobre el planeta, pero con un producto interno bruto del tamaño del de los Países Bajos. Rusia simplemente puede aspirar a con-

⁴³ Fazio Vengoa, Hugo. *El mundo frente a la globalización. Diferentes maneras de asumirla*. Ob. cit.

⁴⁴ "La revolución según Washington". *Clarín*, 12 de mayo de 2003.

vertirse en una ligera potencia regional. Pero mantener este equilibrio no es una tarea fácil. Ocurre que recurrentemente se están modificando los factores en los que se realiza la globalización. En la guerra fría eran políticos y militares, en los noventa fueron básicamente económicos, y hoy por hoy adquieren mayor relevancia los culturales, siendo imposible saber a ciencia cierta cuáles serán en el futuro, incluido el más cercano. Una potencia global debe propender por un equilibrio necesario para reacondicionarse, actuar en cada uno de ellos y sustentar su hegemonía en estos disímiles ambientes. Éste es un importante condicionamiento que le impone un mundo globalizado porque en cada uno de estos ambientes se realiza de distinta manera la fuerza y el ejercicio de la hegemonía.

Otra complicación que enfrenta una potencia global consiste en que para mantener su hegemonía debe propender por establecer mínimos consensos sobre sus decisiones; debe preocuparse porque todo el mundo se considere como parte integrante de sus determinaciones, lo que implica que debe abrir espacios que den cabida a las demandas de los demás agentes y actores que gravitan en la vida internacional.

Pero también una potencia global tiene que asumir otro costo adicional. A medida que se intensifican las tendencias globalizantes y alcanzan un mayor grosor los nuevos circuitos espacios temporales globalizantes, se entrecruza el destino de todas las naciones, situación que conduce a que en la medida en que se torna más intensa la globalización, se diluye el propósito universalista de la potencia del Norte dentro de una nueva combinación que amalgama la voluntad de distintos actores. El asunto en el fondo consiste en que nada es más ajeno a una globalización intensificada que la persistencia de las potencias, sean éstas tradicionales, mundiales o globales.

Por último, una potencia global encuentra otro obstáculo en el ejercicio de su poder. En los inicios del nuevo siglo, las condiciones en que se atomizó el antiguo movimiento envolvente de la globalización que encontraba en su dimensión económica el nervio central, demuestran que la globalización carece de causalidades últimas y que sus impactos son más bien el producto de determinadas resonancias que producen ciertos acontecimientos, coyunturas y procesos. Esto

significa que una potencia global encuentra su accionar encadenado a múltiples situaciones, muchas de ellas provenientes de temporalidades distintas, que alteran su capacidad de acción y crean una disfuncionalidad entre los objetivos y los resultados.

Estos costos que acabamos de comentar demuestran que el estatus de potencia global puede ser en realidad bastante efímero en razón de la aceleración de las transformaciones en los distintos niveles en los cuales se realiza el poder internacional, y porque el unilateralismo encuentra límites naturales que ni siquiera el poderoso gobierno de Estados Unidos puede a futuro forzar.

Esta situación la reconocía el mismo ex presidente Bill Clinton, quien, en un artículo publicado bajo el título "Estados Unidos debería liderar, no gobernar"⁴⁵, señalaba que Estados Unidos se encuentra en un momento único de la historia humana con un dominio político, económico y militar. Pero dentro de 30 años, la economía china podría ser tan grande o más que la estadounidense. La economía india también, si dejan de luchar con Pakistán y malgastar el dinero en armamento. Dentro de 30 años, si la Unión Europea sigue uniéndose política y económicamente, aumentará de igual manera su influencia política y económica. Por tanto, en un mundo interdependiente, podemos liderar pero no dominar (...) Debemos reconocer que nuestra interdependencia planetaria, a pesar de ser algo maravilloso para aquellos de nosotros que estamos bien situados para aprovecharla, sigue teniendo sus pros y sus contras. Nuestra apertura en un mundo lleno de divisiones políticas, religiosas, económicas y sociales aumenta también nuestra vulnerabilidad e intensifica el dolor y la alienación de aquellos que se sienten apartados de las ventajas de la interdependencia. Al fin y al cabo, el 11 de septiembre, *Al Qaeda* utilizó las mismas fronteras abiertas, la facilidad para viajar y el acceso a la información y a la tecnología que todos damos por hecho para matar 3.100 personas de 770 países, incluidos más de 200 musulmanes (...) ¿Cuál es la responsabilidad de Estados Unidos en este momento de nuestro dominio? Creo que es la de construir un mundo que avance más allá de la interdependencia, hacia una comunidad planetaria integrada, con responsabilidades, beneficios y valores compartidos.

De esta reflexión a que nos invita el ex presi-

⁴⁵ *El País*, archivo, 2002.

dente norteamericano, así como del breve análisis que hemos realizado sobre las oportunidades, los desafíos y costos que representa detentar el estatus de potencia global, podemos extraer una importante conclusión. Puede que Estados Unidos haya llegado a convertirse en una potencia

global, pero dista enormemente de la capacidad para realizar una dominación global, razón por la cual se plantea para Washington y el mundo el imperativo de fortalecer los hilos de la interdependencia.

FECHA DE RECEPCIÓN: 15/10/2003

FECHA DE APROBACIÓN: 30/10/2003